

La realidad de la Cruz en Colombia

Exposición hecha en el X Simposio sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, que tuvo por tema: "Pasión de Cristo, Pasión del Mundo – Desafíos de la Cruz para nuestros tiempos", organizado por el Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios –CIRE-, la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana y el Centro Pastoral San Francisco Javier de la misma Universidad, del 7 al 9 de octubre de 2010. La exposición tuvo lugar el día 8 de octubre de 2010.

Una reflexión sobre la realidad de la cruz en Colombia exige precisar de antemano el significado o los significados de la cruz.

En nuestra cultura y religiosidad populares, la cruz ha llegado a ser el símbolo de todo sufrimiento humano en general. Engloba la enfermedad; la pobreza y las privaciones; las necesidades insatisfechas; las persecuciones; las injusticias; las discriminaciones; las humillaciones; los malos tratos; la tortura y la muerte violenta.

Abordar el tema con más finura teológica e histórica exige un mínimo discernimiento del significado de la cruz en los Evangelios, en la historia antigua y en nuestra lectura teológica de la muerte de Jesús mediante la crucifixión.

Martín Hengel, quien publicó en 1976 una obra muy documentada sobre la práctica de la crucifixión en el mundo antiguo, que ha llegado a ser clásica en el tema, le puso por título "*Mors turpissima crucis – La crucifixión en el mundo antiguo y la locura del mensaje de la cruz*"¹, tomando las primeras palabras del historiador Tacito, retomadas por Orígenes en su Comentario al Evangelio de Mateo (27,22). Allí la práctica de la crucifixión aparece, a través de las numerosas citas de autores antiguos, como la forma más vil de dar muerte, que concentraba el sentido de desprecio, bajeza y ruindad en que se consideraba a la víctima. Era un tipo de suplicio y de muerte reservada para delincuentes, rebeldes, ladrones y esclavos y tenía la conno-

¹ HENGEL, Martin, "Crucifixion in the ancient world and the folly of the message of the cross", Fortress Press, Philadelphia, 1977 - ISBN 0-8006-1268-X

tación de castigo impuesto por la autoridad a quien debía expiar un delito y se consideraba excluido de los parámetros de dignidad y respeto más elementales por parte de la sociedad de su entorno.

Por ello Hengel aborda en algunos capítulos el impacto que tuvo en muchos escritores romanos el hecho de que se conformara una religión y un culto a un crucificado y se venerara el instrumento de un suplicio tan ruin, lo cual hizo proyectar el desprecio y la humillación hacia los primeros cristianos. Según Hengel, algunas lecturas teológicas de los primeros siglos trataron de amortiguar la vergüenza de la cruz, llegando incluso los docetistas a considerar los sufrimientos de Jesús en la cruz como solamente aparentes y no reales.

En contraste con todos los intentos de amortiguar la vergüenza de la cruz a través de construcciones teológicas que reconciliaran de alguna manera el concepto de divinidad con la humillación de la cruz, Hengel presenta el mensaje de Pablo (muy crudo en el primer capítulo de la Primera Carta a los Corintios (18-31) como un retorno a la crudeza de vergüenza de la cruz sin amortiguaciones, definiéndola como un obstáculo o escándalo para la cosmovisión judía y una locura o estupidez para la cosmovisión griega. Hengel afirma: *“Todo el que busque negar el compromiso de Pablo con la imagen terrena de un Jesús crucificado, lo convierte en un teólogo docetista ... Para Pablo y sus contemporáneos, la cruz de Jesús no fue un elemento didáctico ni simbólico ni especulativo sino un asunto específico fuertemente repugnante y afrentoso que significó una pesada carga para la primitiva predicación cristiana misionera. Por ello no era nada raro que la joven comunidad de Corinto buscara escapar del Cristo crucificado y sumergirse en la vida entusiasta del espíritu; en revelaciones celestiales y en asegurar una salvación ligada a misterios y sacramentos. Cuando Pablo se enfrenta a esto y le señala a la comunidad que él fundó, que su predicación del mesías crucificado era un escándalo religioso para los judíos y una locura para los interlocutores griegos, estamos escuchando la confesión del más grande de los misioneros cristianos acerca de su experiencia de al menos 20 años, quien había cosechado constantemente sólo burlas y ásperos rechazos a su mensaje sobre el Señor Jesús, por haber padecido éste la muerte de un criminal en el árbol de la vergüenza”*.²

Si nos apoyamos, pues, en el significado histórico de la cruz en el mundo antiguo que fue el mundo que la utilizó como castigo y forma de dar muerte, y en la teología o mejor “anti-teología” de Pablo, no podemos darle a la cruz un significado tan amplio hasta simbolizar todo sufrimiento humano. Es necesario discriminar los sufrimientos y reconocer que la cruz de Jesús sólo se proyecta con autenticidad

² Hengel, Martin, o. c. pg. 18-19

sobre determinado tipo de sufrimientos: sobre aquellos que tienen como determinadores a los poderes dominantes de una sociedad y que buscan castigar y exterminar a quienes no se someten a los estándares de pensamiento y comportamiento que ellos imponen, infligiendo formas de exclusión, castigo, sufrimiento y muerte que desconocen la dignidad y los derechos del ser humano.

El realismo histórico de la cruz, sufrida por el Jesús histórico, constituye un castigo o represión infligida no sólo por las autoridades constituidas sino por lo que llamamos un “establecimiento”, con sus rasgos de cultura e ideología dominante que consagra determinados comportamientos y maneras de pensar y actuar como aceptables y otros como inaceptables y repugnantes, negándole toda legitimidad a estos últimos y despojando a sus actores de toda dignidad y reconocimiento de derechos, haciendo de los castigos y muerte que se les infligen, un escarnio que lleve a una radical disuasión de quienes pretendan imitar o seguir a las víctimas.

Hay en nuestra cultura y tradiciones una tendencia a tomar como criterio para descubrir la proyección de la cruz, la pertenencia de la víctima a la institucionalidad cristiana. Así quedarían excluidos de una identificación con la cruz, los sufrimientos y muertes de aquellos que fueron castigados, atormentados y eliminados por las mismas iglesias cristianas y los de aquellos que, si bien fueron víctimas de los poderes constituidos, no compartían la fe cristiana. Ese criterio no es aceptable en absoluto, pues permite que quienes se confiesan discípulos de Jesús se identifiquen con las maneras de pensar y de actuar de quienes lo crucificaron. El filósofo inglés Bertrand Russell escribió en su libro *“Porqué no soy cristiano”* lo siguiente: *“La Iglesia ha destacado la persecución de los cristianos por el Estado Romano antes de Constantino. Sin embargo, esta persecución fue ligera, intermitente y totalmente política. En toda época, desde la de Constantino hasta fines del siglo XVII, los cristianos fueron mucho más perseguidos por otros cristianos de lo que lo fueron por los emperadores romanos”*³

Finalmente, para completar los criterios mediante los cuales podemos identificar la proyección de la cruz en un ámbito concreto, hay que tener en cuenta que la cruz estaba y está precedida ordinariamente (en sus proyecciones) de una sentencia judicial que culmina un proceso de acusación y condena, explícito o implícito, en el cual se despliegan formas muy variadas de injusticia y de opresión. En lo que los Evangelios pudieron recoger o re-elaborar acerca del juicio a Jesús, descubrimos todos los rasgos del montaje judicial: la búsqueda de falsos testigos; la compra de informantes y traidores; la condena previa antes de cualquier escucha de acusación y defensa; la ausencia de una defensa y su previa descalificación; el carácter formal

³ RUSSELL, Bertrand, *“Porqué no soy cristiano”*, Edit. Hermes, México, 1976, pg. 44

de los juicios que esconde y disfraza decisiones ya tomadas de contenido político que no jurídico; los móviles de preservación del poder ante expresiones que lo deslegitiman; el afán de no disgustar al poder imperial y sus intereses y la preservación de instituciones corruptas; el remitir a los imaginarios masivos del mal (en este caso a los poderes demoníacos) el pensamiento y comportamientos de la víctima. Estos rasgos acompañan ordinariamente las proyecciones de la cruz.

A la luz de estos conceptos y criterios, descubramos la realidad de la cruz en Colombia. Hay en nuestra historia muchas cruces falsas y muchas cruces ocultas. Habría que desenmascarar las primeras y exhumar las segundas.

La historia escrita de Colombia se inicia con la empresa de la Conquista, en la cual la simbología de la cruz fue usurpada por los conquistadores. Se habló de la “*alianza entre la espada y la cruz*” para “cristianizar” a los infieles de estas tierras. La perspectiva histórica nos ha mostrado, sin embargo, la barbarie de esa “evangelización”.

Entre los 9 episodios bárbaros que Bartolomé de las Casas recoge en su memorial sobre *La Destrucción de las Indias*, como perpetrados en el Nuevo Reino de Granada, aunque sin dar los nombres de los victimarios, varios de esos crímenes fueron atribuidos por otros historiadores a Gonzalo Jiménez de Quesada. Uno de esos episodios fue la tortura infligida a dos indios para que le revelaran el escondite del gran Zipa de Bacatá, quien se había escondido cerca de Facatativa. Uno de los indios murió en las torturas pero el otro fue forzado por los tormentos a conducir a Jiménez de Quesada al escondite de Tisquezuzza, a quien asesinaron sin poder hallar sus tesoros. Cuando Jiménez de Quesada descubrió que a Tisquezuzza lo había sucedido un pariente suyo llamado Sagipa, y no el heredero legítimo que era el Cacique de Chía, aceptó aliarse con Sagipa para defender a los Chibchas de los indios Panches que los atacaban, pero luego lo sometió a prisión y a crueles torturas para que le entregara las riquezas dejadas por Tisquezuzza. Sagipa murió en medio de atroces tormentos y con él, al parecer, se extinguió la realza indígena de Bacatá. Bartolomé de Las Casas registra el exterminio de poblados enteros de indígenas del Nuevo Reino de Granada, mediante degollamientos, mutilaciones masivas, despeñamientos y descuartizamientos por perros rabiosos. Dice haber recogido todos estos testimonios de procesos judiciales: “*Todas estas cosas y otras diabólicas vienen ahora probadas en procesos que han hecho unos tiranos contra otros*”⁴ Y al englo-

⁴ DE LAS CASAS, Bartolomé, VARGAS MACHUCA, Bernardo, “La Destrucción de las Indias – Refutación De Las Casas”, Biblioteca Económica de Clásicos Castellanos, Paris, pg. 133

bar los motivos generales de todos estos crímenes, los presenta así: *“la matanza en los indios se hace solamente por sacarles el oro que no tienen, porque todo lo que tenían lo han dado”*⁵, advirtiendo que sólo ha relatado uno de cada diez mil horrores.⁶

La ideología de la Conquista hizo mirar las proyecciones de la cruz exclusivamente en el lado de los conquistadores quienes se identificaron formalmente como “cristianos”. Los indígenas eran *infieles* y por ello se les consideró ajenos y lejanos de la sombra de la cruz. Jiménez de Quesada fue sepultado en la catedral primada de Bogotá donde se le dedicó una capilla en la cual se destaca majestuosamente su estatua yacente sobre su mausoleo, donde su memoria es actualizada por millares de visitantes anuales que la encuadran entre los símbolos ancestrales del cristianismo. Los restos de sus millares de víctimas indígenas se confundieron con los de las bestias cuyos huesos son exhumados de cuando en cuando para satisfacer curiosidades arqueológicas. Sin embargo, fueron esas incontables víctimas indígenas las que objetivamente portaron en su mismo ser y en su pasión la proyección de la cruz de Jesús. Para los poderes conquistadores y colonizadores sus pensamientos y sus comportamientos eran disolventes y en sus tormentos y exterminio esos poderes buscaron negar su más elemental dignidad humana como mecanismo de escarnio para asegurar el sometimiento de sus tribus. Allí la sombra de la cruz es totalmente nítida.

En uno de los capítulos de su libro *“De Instauranda Aethiopum Salute”*, publicada en 1627 y hace unos años re-editada bajo el título de *“Un tratado sobre la esclavitud”*⁷, el jesuita Alonso de Sandoval describe así los armazones en que los negros eran transportados del África a Cartagena: *“tan apretados, tan asquerosos y tan maltratados, que me certifican los mismos que los traen que vienen de seis en seis con argollas por los cuellos en las corrientes, y estos mismos de dos en dos con grillos en los pies, de modo que de pies a cabeza vienen aprisionados; debajo de cubierta, cerrados por de fuera, do no ven sol ni luna, que no hay español que se atreva a poner la cabeza al escotillón sin almarsearse (marearse), ni a perseverar dentro una hora sin riesgo de grave enfermedad. Tanta es la hediondez, apretura y miseria de aquel lugar (...) mucho palo, mucho azote y malas palabras (...) llegan hechos unos esqueletos; sácanlos luego en tierra en carnes vivas, pónenlos en un gran patio o corral; acuden luego a él innumerables gentes, unos llevados de su codicia, otros de curiosidad y otros de compasión (...)”*⁸

⁵ DE LAS CASAS, Bartolomé, o. c. pg. 130

⁶ Ibid. Pg. 134

⁷ SANDOVAL, Alonso de, S. J., *“Un tratado sobre la esclavitud”*, Alianza Editorial, Madrid, 1987

⁸ SANDOVAL, o. c. pg. 152

En otro capítulo de la misma obra, el Padre Sandoval describe el tratamiento cotidiano de la esclavitud: *“el tratamiento que les hacen, de ordinario por pocas cosas y de bien poca consideración, es brearlos (azotarlos), lardarlos (engrasarlos con manteca hirviente) hasta quitarles los cueros y con ellos las vidas con crueles azotes y gravísimos tormentos; o ellos atemorizados por ahí se mueren podridos y llenos de gusanos. Testigos son las informaciones que cerca dello las justicias cada día hacen, y testigo soy yo que lo he visto algunas veces, haciéndoseme de lástima los ojos fuentes y el corazón un mar de lágrimas. Y a quién no se le harían viendo una pobre negra desollada con llagas grandísimas, llenas de gusanos, que no se podía mover de puros azotes por culpa, que si apurásemos, no merecía ninguna (...) Y dejando los azotes, que fuera nunca acabar, referir lo que cerca desto pasa: el mal tratamiento de prisiones, de corriente y cadenas, de grillos, esposas, cepos, pies de amigo (instrumento para inmovilizar la cabeza durante los castigos), alzacuellos y otras invenciones con que los amedrentan, aprisionan y castigan (...) La comida que comúnmente les dan, apenas se le puede dar ese nombre por ser tan poca, y en los días de trabajo, porque en los festivos, si no es que su amo les haga trabajar y quebrantarlos por fuerza y con codicia de mayores ganancias, que es muy común, no se les da ración, como si sólo se les debiese por el trabajo y sólo se les diese para poder trabajar(...)”*⁹

Con estas y otras muchas descripciones horribles, el Padre Sandoval nos transmitió rasgos de lo que fue la cotidianidad de la esclavitud, con la cual nuestra sociedad convivió siglos y aún en parte convive con muchos de sus rezagos, sin cuestionar teológicamente la institución misma de la esclavitud. El mismo Sandoval se inhibió de hacerlo a pesar de los cuadros que dibujó con intenciones inocultables de sembrar repugnancia y horror. Toda la teología de la época leyó la tragedia del negro como “excesos y desviaciones” de una institución legítima y de derecho divino, y a lo sumo se preocupó por sacramentalizar a las víctimas para que obtuvieran la salvación luego de su muerte, pero fue incapaz de descubrir la proyección de la cruz de Jesús en el corazón de esa tragedia. La “monstruosa herejía” del negro era ambicionar la libertad y con ella su autodeterminación étnica y racial, la preservación de su cultura ancestral y de su misma tradición religiosa que sabía descubrir los rastros de lo divino en todos los rincones de la naturaleza. Esto contradecía la teología dominante del poder: discriminatoria; sacralizadora de la dominación y de la mercantilización de la naturaleza, incluyendo la mercancía del trabajo deshumanizante y del mismo ser humano degradado por los poderes. No hay duda de que el sueño de la libertad y de la armonía no mercantilizada con la naturaleza eran sueños de Jesús, y que el escarnio de los tormentos y muerte de los esclavos se identificaban en lo profundo con el escarnio de la cruz. Por eso los palenques fueron demonizados y perseguidos como guaridas de delincuentes que an-

⁹ SANDOVAL, o. c. pag. 235 - 236

helaban vivir en el crimen de la libertad, y sólo un pequeño reducto escapó de los horrores y crudeza de la cruz mediante resistencias heroicas.

Cuando se desarrollaron en nuestra historia los primeros intentos de emancipación anti-colonial en el Movimiento Comunero, mientras una fracción egoísta del mismo, centrada en la disminución de impuestos y en intereses de poder por parte de una franja de la aristocracia neogranadina, otra fracción asumía la causa de los sectores socialmente oprimidos, como los indígenas, los esclavos negros y los campesinos pobres, con miras a sacudir la opresión social. José Antonio Galán lideró esta última fracción alrededor de la consigna *“unión de los oprimidos contra los opresores”*, la cual contrastaba con la defendida por los líderes aristocráticos del movimiento: *“Viva el Rey y muera el mal gobierno”*. Galán había sido condenado a prisión unos años antes, cuando se atrevió a castigar y a obligar a renunciar a un corregidor por cazar indios para cobrar recompensas. Cuando se integró al movimiento comunero, se desplazó por zonas indígenas invitando a los indígenas a recuperar su dignidad y sus propias autoridades, apoyándose en las ideas de Bartolomé de las Casas. En Facatativa defendió a los indígenas de las tropas reales e hizo nombrar como Rey al descendiente de un cacique chibcha. En Mariquita proclamó la abolición de la esclavitud e hizo huir a muchos amos y capataces de esclavos negros. En Ambalema incentivó la rebelión de los campesinos contra los grandes hacendados. La sentencia de la Real Audiencia en la que condena a muerte a Galán, ejecutada el 1° de febrero de 1782, reproduce dramáticamente todos los rasgos del escarmiento, del envilecimiento radical de la víctima y de la estigmatización de valores que se inscriben a todas luces en los mismos del Evangelio: *“Condenamos a José Antonio Galán a que sea sacado de la cárcel, arrastrado y llevado al lugar del suplicio donde sea puesto en la horca hasta que naturalmente muera; que bajado se le corte la cabeza, se divida su cuerpo en cuatro partes y pasado el resto por las llamas, para lo que se encenderá una hoguera delante del patíbulo; su cabeza será conducida a Guaduas, teatro de sus escandalosos insultos; la mano derecha puesta en la plaza del Socorro; la izquierda en la Villa de San Gil; el pie derecho en Charalá y el pie izquierdo en el lugar de Mogotes; declarada por infame su descendencia, ocupados todos sus bienes y aplicados al real fisco, asolada su casa y sembrada de sal, para que de esta manera se dé olvido a su infame nombre”*.¹⁰

No es difícil descubrir aquí la proyección de la cruz. Sin embargo, en las lecturas ideologizadas del momento, la cruz sólo brilló en el pectoral del Arzobispo-Virrey Antonio Caballero y Góngora, quien maquiavélicamente confeccionó la traición del movimiento popular en las Capitulaciones de Zipaquirá, con la colaboración y

¹⁰ Texto tomado de: *“Colombia, Historia – Personajes”*, tomo 1, Prolibros, Bogotá, 2003, pg. 44

aquiescencia de los líderes aristócratas que se habían adueñado del movimiento para someterlo a sus intereses y ambiciones.

La primera difusión en Colombia de un texto de derechos humanos, como fue la traducción que hizo Antonio Nariño de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, de la Revolución Francesa, estuvo marcada por una ensañada persecución. Nariño fue llevado casi inmediatamente, en 1794 (a menos de un año de la publicación) a una prisión en Cádiz, por las autoridades virreinales, acusado de difundir pasquines contra la monarquía. En 1797, cuando escapa de la prisión y regresa a Santafé disfrazado, junto con el Canónigo Andrés Rosillo se movilizan por la zona comunera para desatar una revolución social popular. En 1809 vuelve a ser encarcelado y enviado a una prisión inhumana en Cartagena y allí permanece hasta el triunfo del movimiento de independencia. Tuvo que padecer nuevas prisiones en los primeros conflictos internos y en los comienzos de la reconquista española, completando 17 años en prisión, muchos de ellos en condiciones inhumanas. La estigmatización de los derechos humanos no terminaría en Nariño. De hecho, se prolonga en gran parte hasta hoy.

Nuestra historia republicana se fue configurando y reconfigurando alrededor de un básico conflicto social, que asumió contornos políticos, ideológicos y religiosos según los momentos históricos, pero que tuvo siempre dos polos inconfundibles: en uno se asentaba el poder de turno apoyado siempre por capas privilegiadas económicamente, y en el otro las capas excluidas, estigmatizadas ordinariamente como seguidoras de ideologías o doctrinas heterodoxas, heréticas y subversivas.

Ya a comienzos del siglo XX (en 1912) el General Rafael Uribe Uribe tuvo que escribir un libro que tituló *“De Cómo el Liberalismo Político Colombiano no es Pecado”*¹¹. Aunque discute con gran altura académica las tergiversaciones y manipulaciones que se le han dado a algunas encíclicas y documentos papales, lo que lo motivó principalmente a escribir fue la extrema violencia con que se estaba masacrando sobre todo a sectores campesinos, apoyándose en una estigmatización ideológica incentivada por la alianza entre la Iglesia católica y el Partido Conservador. Por eso en su primera página afirma: *“Juzgo necesario y urgente decir en esta materia lo que creo la verdad, aún a costa de no agradar a todos, ante el inminente peligro que a toda hora corren en Colombia, por esta causa, los intereses de la libertad. Mi punto de vista, mi preocupación constante, que no me permite una hora de descanso y tregua, es la suerte de los liberales de las aldeas y de los campos. Los de las ciudades, o no son objeto de opresión polí-*

¹¹ URIBE URIBE, Rafael, “Obras selectas”, Colección Pensadores Políticos Colombianos – Cámara de Representantes, Imprenta Nacional 1979, Tomo I, pag. 85 y ss.

tico-religiosa, porque los fautores de ella no se atreven a ejercerla, a lo menos brutalmente, en estos centros que, por más poblados, tienen más luces y medios de defensa; o si tal osan, encuentra organizada la resistencia; pero sobre los aldeanos y campesinos ignorantes e inocentes pesa aquí una tiranía que sólo tuvo igual en la Edad Media europea. Ir en auxilio de esos nuestros desventurados compatriotas, para que tengan un respiro y para llevar a sus almas aterrorizadas un soplo refrescante y vivificador, es mi principal propósito”.

Nadie ignora el baño de sangre que significó durante más de un siglo la contienda liberal- conservadora en Colombia. Ninguno de estos partidos se excluye de la barbarie con que se masacró a sus respectivos opositores. Pero nadie tampoco ignora que la predicación católica configuró los imaginarios del bien y del mal, identificando el primero con el Conservatismo y el segundo con el Liberalismo. Los conservadores murieron aferrados a la cruz, mientras los liberales fueron remitidos a ultratumbas infernales. Uribe Uribe, en otro de sus párrafos, nos describe así el drama: *“El pueblo, que no es filósofo, que sólo admite las ideas que puede traducir en imágenes o en realidades tangibles, y para quien es indescifrable monserga esto de las relaciones de la Iglesia y el Estado; el pueblo colombiano, que ha tomado parte en varias decenas de guerras civiles entre liberales y conservadores ¿qué consecuencia ha de sacar cuando se le predica contra el liberalismo, así en seco, según es costumbre, sino que se trata de la cosa designada por la palabra, en su sentido corriente? Lee en pastorales y periódicos, o escucha en pláticas y discursos que “el liberalismo está condenado por la Iglesia”, y, por supuesto, no entiende por liberal sino lo contrario de conservador; y por un silogismo que no sólo arma sino cuya consecuencia saca instintivamente, deduce que “quien no es conservador es hereje”. ¿Y cómo dejará de entenderlo así el pueblo simple, si hasta muchos que se la dan de ilustrados lo creen de ese modo y le confirman al pueblo su creencia, diciéndole que “con su buen sentido ha acertado en concreto, si no en abstracto?”¹².*

Si bien, ordinariamente, los ideales políticos suelen estar muy alejados de la cotidianidad de las estructuras partidarias y del poder, sin embargo esos ideales son los que incentivan las controversias que degeneran en persecuciones y barbaries. Uribe Uribe, en otro de sus párrafos, definió así el ideario liberal: *“equiparamos el liberalismo con las reformas democráticas; somos de esas gentes que lo identifican, no como cosa vaga e incierta, sino con precisión y certidumbre, con la oposición a cuanto sea arbitrariedad oficial; somos de esos para quienes el liberalismo es igualdad civil, contrapuesta a los privilegios, pero respetando la inmunidad y fueros de la Iglesia; somos de esos para quienes el liberalismo es tolerancia, en lucha contra la intransigencia, y generosidad, en lucha con la barbarie cruel y feroz. Ese nuestro liberalismo, esas las acepciones que le damos al vocablo y*

¹² URIBE URIBE, Rafael, o. c. pag. 89

que no corresponden a la condenación pontificia. El liberalismo político colombiano es una tendencia a la emancipación de los abusos de las autoridades que nos oprimen"¹³.

El mar de sangre que significó esta contienda en la historia de Colombia y que ha hecho calcular en trescientos mil los muertos sólo en la década de 1947 a 1957, tiene que provocar una reflexión sobre la cruz, sobre todo por la crueldad que caracterizó el exterminio de vidas humanas, casi siempre precedido por aterradoras y degradantes torturas. Aquí se produjeron muchas falsas cruces: de gentes que murieron defendiendo estructuras de poder, de opresión y de injusticia, motivadas por evidentes y perversas manipulaciones del cristianismo. Y hubo muchas cruces ocultas: en las cuales fueron masacrados sinceros buscadores de justicia que enfrentaron toda la estigmatización y todo el envilecimiento con que el poder suele degradar a sus opositores, colocándolos como escarnio para que todo el que pretenda seguir idearios de justicia, de igualdad y de libertad quede traumáticamente disuadido.

Uno de los testimonios más conmovedores de este período es el libro *"Lo que el cielo no perdona"*¹⁴, publicado en 1954 y re-editado 5 veces, cuyo autor fue el sacerdote Fidel Blandón Berrío, párroco de Dabeiba, Peque y Juntas de Uramita, en el Urabá antioqueño, a comienzos de los años 50. Como testigo presencial de multitud de horrores y episodios escalofriantes, los recogió sintéticamente en su libro, así como el testimonio de otros tres párrocos de la zona, estigmatizados como él por el gobierno conservador y por la jerarquía eclesiástica, por el sólo hecho de no plegarse a las directrices de persecución que venían de las cúpulas políticas y eclesiásticas y por atender pastoralmente a los campesinos vinculados a las guerrillas liberales de resistencia. El Padre Blandón tuvo que huir de numerosas persecuciones; renunciar al sacerdocio; cambiar de nombre y vivir en cierta clandestinidad, como maestro, hasta su muerte en Facatativa en 1981.

La lectura de este testimonio hace pensar en rasgos inconfundibles de la cruz de Jesús. La imagen del Sanedrín judío parece reproducirse en nuestras jerarquías religiosas para reivindicar una imagen del Dios-poder que condena a tortura y muerte a los más inocentes y honestos de sus hijos. La capacidad infinita de crueldad de la Policía "chulavita", hace recordar la ferocidad y barbarie de los soldados romanos. Los parámetros de estigmatización, envilecimiento y degradación de las víctimas no tienen parangón en la historia. La valentía de este testimonio supo rescatar la razón de los vencidos y masacrados, con profunda comprensión de la ética

¹³ URIBE URIBE, Rafael, o. c. pag. 108

¹⁴ BLANDÓN BERRÍO, Fidel, *"Lo que el cielo no perdona"*, Planeta, Bogotá, 1996

de la insumisión y de la resistencia frente a la barbarie, algo ciertamente excepcional en nuestro medio, pero que delinea los perfiles más específicos de la cruz.

El último ciclo de violencia que hemos vivido y estamos viviendo aún en Colombia se inició en 1962, cuando una misión militar de Estados Unidos obligó a Colombia a adoptar la estrategia paramilitar, sin que en ese momento existieran grupos armados de oposición, para exterminar todo pensamiento disidente denominándolo “comunismo”. Pocos años después, en 1965, nacerían las guerrillas de izquierda y adoptarían el método de guerra de guerrillas, diseñado para enfrentar a un grupo combatiente pequeño con un ejército poderoso. La confrontación armada desde entonces se ubicaría en el eje social y político y adoptaría, desde ambos polos, el modelo de guerra irregular, dentro del cual muchos principios del Derecho Internacional Humanitario no son funcionales sino obstáculo a los ejes mismos de la guerra. Pero lo prolongado del conflicto obligaría a proyectarlo en estructuras permanentes del *Statu quo*, como los medios masivos de información y mentalización y el aparato judicial, principalmente. La polarización de la sociedad era inevitable y ella hace parte del estado de violencia que ha destruido infinidad de vidas humanas con métodos en extremo crueles, pero que se hacen tolerables a través de técnicas mediáticas, de un ejercicio de la justicia centrado en la impunidad, y de la ideología de la simetría violenta, que permite a muchas franjas sociales vivir en la ficción de no estar implicadas en el conflicto, pudiendo ser cooptadas o al menos neutralizadas por el polo más fuerte del mismo.

La estrategia paramilitar, según confesiones de sus agentes más determinantes, tenía por objetivo poder saltarse o evadir los límites humanitarios de la guerra sin comprometer o ilegitimar al Estado, dando lugar a niveles extremos de barbarie. Hoy asistimos a confesiones estremecedoras que revelan métodos de tortura, de desaparición y ejecución que desbordan la más morbosa imaginación. Esta misma semana se está presentando en el Teatro Nacional una obra sobre la masacre de Trujillo (1988 – 1994), basada en el manuscrito espontáneo del principal testigo directo, que hace trasbocar al protagonista y suspender la respiración al público. Los recientes descubrimientos de cementerios colmados de cadáveres sin nombre donde fueron inhumadas muchos miles de víctimas sin cumplir los trámites legales para mantener en el anonimato a las víctimas y a sus familias en la incertidumbre y la zozobra. Las versiones libres que se han vuelto rutinarias en que se confiesan los descuartizamientos, las incineraciones, los hornos crematorios, el lanzamiento de los cadáveres a ríos, precipicios y mares, noticias que por lo rutinarias compiten, en inferioridad de importancia, con la trivialidad de las noticias deportivas y de farándula o con pautas publicitarias banales y vulgares. Asistimos a la trivializa-

ción de la tragedia que insensibiliza las conciencias y las ajusta a estrategias de olvido muchas veces apoyadas en un “perdón cristiano” adulterado y manipulado.

Nuestro involucramiento inconsciente en el conflicto hace que perdamos toda objetividad para enjuiciarlo, a veces por el mismo instinto de supervivencia o el rechazo instintivo a una lóbreguez que sepultaría nuestras vidas en interminables duelos y en quejumbrosos y sombríos rituales funerarios sin fin.

La pérdida de objetividad nos lleva ordinariamente a neutralismos que hacen esfumar coordenadas éticas elementales: la ideología de la simetría iguala a quien muere defendiendo estructuras de opresión, de discriminación y exclusión, de injusticia y de barbarie, con el que muere buscando modelos alternativos de sociedad basados en la justicia, la libertad, la igualdad y la transparencia, cuando no se exalta a los primeros y se estigmatiza a los segundos. En esta misma dinámica naufragan los criterios fundamentales para descubrir las proyecciones de la cruz de Jesús.

Así como en las décadas de persecución a los movimientos liberales, sus perseguidores echaron mano de condenas eclesiásticas al liberalismo para legitimar la barbarie, así en las décadas del conflicto social se ha echado mano de condenas eclesiásticas contra el marxismo y el comunismo para legitimar la barbarie contra los buscadores de justicia social. La ideología de la Seguridad Nacional fue asumida por muchas de nuestras jerarquías eclesiásticas y se proyectó en persecuciones a los mismos agentes pastorales que se solidarizaron con las luchas por la justicia y con las víctimas de esas persecuciones. Sin embargo, la cruz de Jesús se ha proyectado luminosamente sobre numerosos mártires cristianos colombianos que el pueblo oprimido ha sabido identificar y canonizar. En el libro *“Aquellas muertes que hicieron resplandecer la vida”*¹⁵, los movimientos cristianos de base recogieron la memoria de muchos de nuestros mártires. También en el interior de la Iglesia se proyecta la polarización que discrimina las sombras de la cruz. Sin embargo, los rasgos de la cruz de Jesús son inconfundibles: se proyecta sobre aquellos perseguidos y exterminados por los poderes constituidos para impedir la reivindicación de valores o la construcción de modelos alternativos de sociedad en sintonía con los valores del Evangelio, siendo las víctimas estigmatizadas y degradadas. Miles y miles de nuestros activistas políticos de base; sindicalistas, campesinos, indígenas, estudiantes, pobladores populares, agentes de pastoral, intelectuales, quienes murieron por defender causas de justicia, libertad, igualdad, fraternidad, verdad y transparencia, están cobijados por la sombra inconfundible de la cruz de Jesús.

¹⁵ ANÓNIMO, *“Aquellas muertes que hicieron resplandecer la vida”*, Bogotá, 1992

Un aspecto especialmente polémico ha sido el de la identificación de los rasgos de la cruz en quienes murieron combatiendo por causas justas. Y entre ellos se cuentan varios sacerdotes colombianos. La teología tradicional del martirio cristiano arrastra una contradicción de siglos: mientras Tomás de Aquino reconocía el carácter de mártires a los que mueren en combate por un bien incluso político pero relacionado con su fe, ya que a la fe pertenecen todas las virtudes incluyendo la justicia¹⁶, sin embargo el Papa Benedicto XIV en su tratado enciclopédico sobre el Martirio afirmaba que en este caso falta una de las características del martirio que es el carácter “voluntario” de la muerte, pues el que muere combatiendo, afirma el Papa, “no muere por voluntad sino por necesidad”¹⁷. Más recientemente el jesuita alemán Kart Rahner defendió una ampliación del concepto del martirio para incluir a quienes mueren combatiendo por exigencias sociales de la fe. Según Rahner, el hecho de que la aceptación paciente de la muerte identifique más al testigo con Jesús, no excluye que otras muertes, coincidentes en otros aspectos con la de Jesús, como el hecho de ser consecuencia de una lucha por la justicia, puedan englobarse en un concepto de martirio que admite formas diferenciales. Rahner afirma, además, que la muerte en combate no se busca por sí misma y por ello implica un elemento pasivo, como la del mártir tradicional, pero la del mártir tradicional también implica un elemento activo, que es provocar al perseguidor con su testimonio¹⁸.

La Cruz, signo de vergüenza y de degradación extrema y negación de la más elemental dignidad de la víctima, llegó a ser símbolo central del cristianismo. Seguramente la fe en la resurrección amortiguó la vergüenza y el envilecimiento extremo del crucificado, y en la medida en que se desarrolló la teología pascual, separándose excesivamente de sus fundamentos históricos, la cruz perdió el carácter de escándalo y locura o estupidez que San Pablo reivindicó ante los corintios que buscaban evadirlo. Sin embargo, las raíces más hondas de la fe en la resurrección hay que buscarlas en el escándalo y la locura de la cruz, que no sólo involucraba la degradación extrema de la víctima, sino todas las dimensiones culturales de la muerte: la deslegitimación y estigmatización de una causa que debía sepultarse en el sentido físico y cultural, para que no incidiera ya más en la historia. La fe en la resurrección constituye una negación rotunda de esas dimensiones de la muerte, y en cuanto tal, la opción más radicalmente subversiva del mundo cultural que legitimó la cruz. Esa subversión se expresa en la exaltación al mundo de lo divino, es

¹⁶ SANCTI THOMAE AQUINATIS, “*Summa Theologiae*”, II-IIae, Quaestio 124

¹⁷ BENEDICTUS XIV, “*De Servorum Dei Beatificatione et de Beatorum Canonizatione*”, in *Opera Omnia* in tomos XVII distributa, Prati –in Typographia Aldina – MDCCCXXXX, Tomus Tertius, pg. 172.

¹⁸ Cfr. RAHNER, Kart, “*Dimensiones del Martirio*”, en revista CONCILIUM, No. 183, marzo de 1983, pg. 321 - 324

decir al soporte último de los valores éticos, de quien fuera culturalmente degradado hasta el extremo.

Valorar hoy la cruz implica hacer un esfuerzo sincero por valorar a las víctimas y por discernir el valor divino de su muerte, o sea su relación con el soporte más trascendente de los valores éticos que configuraron la causa por la cual se jugaron su existencia.

Javier Giraldo Moreno, S. J.

Bogotá, octubre 8 de 2010